

Criaturas en casa durante la pandemia. Relatos de las familias

Ramon Almirall Ferran
 Consejo de redacción

En las conversaciones en la calle o en los medios de comunicación se menciona a menudo el teletrabajo o la digitalización como transformaciones que ha activado la pandemia. También se aventuran hipótesis sobre posibles cambios en los hábitos relacionales y en la comunicación que están produciéndose, o que aparecerán todavía más en el futuro. Quizá no se habla tanto, si embargo, de algunos movimientos más concretos que se están dando en el interior de las familias y en la relación familia escuela. Será preciso poner atención en ello, y detenerse a analizar todo lo que ha ido cambiando, y también lo que, en estos tiempos turbulentos, al tiempo que desconcertantes, se ha echado en falta más que nunca. Tendremos tiempo en el futuro para irlo estudiando y para debatirlo. Hoy, sin embargo, estamos en condiciones de recoger algunas señales, y algunos testimonios, sobre lo que acaba de ocurrir y de lo que está sucediendo en el seno de las familias, a propósito de su vivencia a lo largo de la pandemia y, en particular, a lo largo del periodo más severo de confinamiento domiciliario.

Por ello, en la recopilación de testimonios y experiencias que se reúnen en este número de la revista, hemos querido reservar un espacio también para dar voz a las familias. Hemos querido conocer lo que padres y madres pueden explicar sobre lo que tuvieron que hacer, de las inquietudes que tuvieron, de las decisiones que tomaron, o de la soledad o la sensación de fragilidad que sintieron en algunos momentos. Y también, sobre los recursos que encontraron, o sobre las soluciones que fueron inventando.

La respuesta ha sido reveladora, ya que, a pesar de las limitaciones de la pequeña muestra recogida, los relatos nos ofrecen algunos datos ilustrativos, por ejemplo, de la dificultad para afrontar el desconcierto y las incertidumbres mientras una, dos o más criaturas corretean a todas horas por casa; de los inventos que han sido necesarios para acomodar la logística familiar; de la inmensa fragilidad de la conciliación de la vida familiar y la laboral; del tiempo que tardaron los estamentos públicos en hablar sobre las criaturas y sus necesidades, mientras, en cambio, habían sido las primeras en ver descabezado un hábitat esencial de relación y desarrollo como es la escuela. O, nos hablan también, de la importancia que han descubierto que tiene contar o no con mecanismos de colaboración, más o menos establecidos entre escuela y familias, a la hora de dar respuesta a una situación cuando el desconcierto se ha vivido, a veces, desde la distancia y la sensación de desamparo.

Queremos agradecer muy sinceramente la colaboración de las familias y el esfuerzo realizado por resumir sus vivencias en los relatos que nos han hecho llegar. Somos conscientes de que no recogemos, ni mucho menos, la diversidad de casuísticas existentes. En particular, somos conscientes de que, más allá de la conocida brecha digital, los diferentes entornos de

vivienda y la situación sociocultural de unas u otras familias, determina otra brecha (tanto o más importante que la conocida brecha digital), relativa a los acompañamientos y apoyos que pueden tener, o no, las criaturas. Sobre todo, cuando la escuela está cerrada o cuando, de repente, queda lejos. Muchas de las reflexiones que nos ofrecen los testimonios recogidos, ilustran, sin embargo, sentimientos y formas de afrontar diferentes retos, que ayudan a entender situaciones muy diversas. Haber podido contar con testimonios de familias con niños con alguna condición de discapacidad enriquece, aún más, este abanico de situaciones.

Os invitamos a leer estos testimonios, seguros de que serán una buena contribución al debate abierto sobre los cambios relacionales que la pandemia está generando, así como también a propósito de la vocación colaborativa entre escuela y familias, para la educación de los niños y adolescentes.

Vivir con un hijo/a con discapacidad en época de pandemia

Teresa Pijuan Coromina
Vanesa Perpiñan Lázaro
Núria Triola Casas
Jordi Sunyol Lison
 CEE Joan XXIII. Integra Olot

Esta pandemia no la ha vivido todo el mundo por igual y este es un hecho que no hay que demostrar mucho empíricamente, tan solo hay que mirar a nuestro alrededor y ver las diferentes realidades de las familias con las que trabajamos. Desde el sufrimiento por la pérdida de una persona querida, a la desesperación de no llegar a final de mes, hasta el que ha tenido una oportunidad de crecimiento...Somos muy conscientes que las variables han podido ser muchas y muy diferentes, y que, la combinación de estas ha dado lugar a experiencias vitales

únicas y cada una diferente una de la otra. De hecho, seguro que podemos afirmar que, todo el mundo, quien más quien menos, ha tenido una experiencia poco satisfactoria. Aun así, la situación, que ha afectado a todo el mundo, cuando hablamos de nuestro colectivo, a pesar de no ser en términos generales diferente del resto, tiene un elemento diferencial... La discapacidad.

Y para hacernos una idea de cómo lo han vivido, hemos hablado con las protagonistas. Pensamos que leer los relatos que las mismas familias nos han elaborado, nos ayudará a ser más conscientes y a poder acercarnos un poquito a su realidad.

Os presentamos tres relatos de tres madres que nos explican cómo han vivido todo este proceso, duro y pesado, mostrándonos el carácter diferencial de una realidad concreta. Vivir con un niño con discapacidad en época de pandemia.

[Joan es un niño de cinco años con un trastorno genético. Este trastorno afecta muchas de las áreas de su desarrollo. Presenta una discapacidad intelectual mediana y no es autónomo en la mayoría de actividades de la vida diaria: control de esfínteres, vestirse, alimentación... Es un niño alegre y sociable, no tiene habla y se comunica mediante algún

gesto. Realiza escolarización compartida con una escuela ordinaria desde hace dos años.]

Madre de Joan

Hemos vivido periodos diferentes, cuando nos cerraron no había opciones y pensé- logística familiar- como todo el mundo.... En aquel momento, yo sigo trabajando. Hacen el confinamiento radical y yo sigo trabajando... Trabajando físicamente en el trabajo. Y por tanto, no tengo más opción que tirar de los abuelos, unos abuelos que son de riesgo, de hecho, mi madre sigue trabajando porque es enfermera, por lo tanto, mi padre de setenta y dos años es quien tiene que hacer el trabajo de estar con Joan. No tenía opción, era la única solución que encontramos en aquel momento... Tenía que bajar a Vic cada día y necesitaba tirar de los abuelos. Soy viuda. Cuando empezó el desconfinamiento decidí que durante dos meses no trabajaría para no seguir cargando la responsabilidad en el abuelo.

En junio llega el momento en que se abre la posibilidad de volver a la escuela. Mi caso es de escolarización compartida. Me planteo cuál es la letra pequeña de las escuelas. Tenía que elegir entre las dos escuelas, pero cuando eliges una te dicen que hay una serie de condicionantes, de EPI...y pienso que no me saldrá a cuenta, por los dos días que me dejan ir, y al final acabé valorando que me lo quedaba en casa, ya no venía de un mes más.

Y con todo esto, ¿cómo le afectaba todo esto a mi hijo?

El confinamiento le fue muy duro, sobre todo la última semana antes de dejarnos salir, porque al principio era diferente, él estaba bien, era como una fiesta, como hacer vacaciones, pero llegó un momento que se ponía en la puerta y insistentemente la quería abrir...Empezó a tener malas conductas, empezó a pegar, a estirar los pelos..., en aquel momento estábamos sobrepasados, me pasé dos meses y medio cerrada en casa con una criatura con problemas. Era insoportable.

La suerte que tuvimos es que la escuela se puso mucho las pilas, a pesar de que fue muy caótico, a diferencia de ahora que todo está más bien organizado, en aquel momento fue más caótico, propusieron muchas actividades para hacer, se hacían videoconferencias con la clase... Desde la escuela se adaptaba lo que se le proponía, y las tareas eran específicas para él, ahora bien, yo estaba sola haciendo de profesora, de mama, de psicóloga, de educación especial... Hasta que me saturé... En el momento que yo bajé mi nivel de exigencia, lo quería hacer todo ..., mientras, además, hacía las tareas del hogar, de cocinera..., dije basta, y justo nos dejaron salir a la calle y el niño empezó a ser otro.

Si llega a durar un mes más no sé qué hubiera pasado, yo estaba al límite, a pesar de que te das cuenta que una madre con un hijo con dificultad acaba sacando las fuerzas de bajo tierra...Si no estoy yo, no hay nadie!!!

El hecho de poder salir a la calle lo cambió todo. Pero a pesar de que en teoría podíamos salir a la calle antes, puesto que teníamos permiso, yo como madre decidí no salir a la calle por poco que pudiera por riesgo del abuelo, y, aparte de esto, mi hijo también es de riesgo. El niño tiene muchas bronquitis de repetición y por temas de salud no quería arriesgar...

Cuando nos dejaron salir lo hicimos en el horario del abuelo, a pesar de que para él era un poco extraño porque en la calle no había niños.

Llegó un momento que los dos estábamos saturados y era verano y, ¿ qué pasa en verano con una criatura normal en el mes de agosto?, ¿qué hábitos tiene?: no se va a dormir a las horas que toca, se come a cualquier hora..., pues imagínate cuando el verano se alarga durante meses..., yo tan solo pensaba, ojalá duerma más, porque así el día se hace más corto, son menos horas de atención, con un niño con dificultades cuanto más horas duerme mejor. Todos los hábitos que tenía, que para él son muy importantes, se fueron a hacer puñetas. Podía intentar hacerle actividades, enganchar pegatinas, pintar líneas rectas... Pero cuando yo le decía ve al váter, come con cuchara..., eran conflictos continuos y el plato de lentejas en pleno

confinamiento volaba por los aires..., era una batalla emocional difícil de sostener sin poder decir, me voy a dar una vuelta y vuelvo, ¿que acabas haciendo?, voy un momento a la ducha que me caiga agua en la cabeza y a ver si me relajo...

Para estos niños fueron muchos meses, fue desde marzo hasta septiembre, y me planteo si las escuelas no habrían podido hacer otra cosa como empezar antes... Creo que era un momento en que todo el mundo habría tenido que hacer sacrificios y solidarizarse con el resto y esto no fue así... A pesar de que entiendo que todo el mundo tiene sus realidades.

Un aspecto que hubiera agradecido mucho, es que las cosas de cara a septiembre, en relación con los alumnos con dificultades, hubieran estado más pensadas, no pretendas que si mi hijo lleva desde el mes de marzo sin ir a la escuela viva los cambios con los brazos abiertos ... Volvió a ser complicado, todo el mundo pensó en lo general; lo especial, siempre lo último...

En relación con el proceso inclusivo de mi hijo, creo que todo esto ha afectado negativamente, porque se han destinado muchos recursos a la pandemia y de algún lugar los han sacado y no creo que lo hayan sacado de las nóminas de los profesores, los han sacado de otro lugar, quizás de su gran decreto de inclusión. La inclusión pues, allá está, muerta de asco, esperando que alguien ponga dinero. La pandemia ha retrasado muchas cosas, si estaba previsto poner recursos para la escuela ordinaria como los CEEPSIR, más personas de apoyo..., la pregunta que me hago es ¿de dónde saldrá el dinero para hacer esto ahora?

Tengo la sensación que estamos en el mismo punto que en marzo del año pasado, por no decir en marzo de hace dos años, en relación a la inclusión, esperando el hecho de que se apueste seriamente. Es muy triste. Mi hijo está creciendo. Son tres meses de su vida, pero para un niño con dificultades estos meses son vitales en su desarrollo, tengámoslo en cuenta. Se ha perdido aquello que habíamos logrado, y esto no se arregla con unas clases extraescolares en verano.

Estoy cansada y me toca seguir luchando...

[Pau tiene once años y presenta un trastorno del espectro autista. Es un niño tranquilo, alegre y respetuoso. Es autónomo en las actividades de la vida diaria (higiene, vestirse...) y el hecho de vivir en un pueblo le ayuda a poderse mover solo a hacer encargos. A veces tiene dificultades en la comprensión social, y los momentos menos estructurados, imprevisibles o caóticos hacen que se pueda sentir inseguro o angustiado. Las rutinas le ayudan a estar tranquilo. Desde los 4 años realiza escolarización compartida.]

Madre de Pau

El confinamiento fue duro de llevar, puesto que sufrías por él, de repente se le rompe la rutina, no puede ir al parque, no puede ir a la escuela, no puede ir a música, no puede... cierras la puerta y..., no puedes salir!!! Costó mucho.

Yo trabajaba igualmente, hago un trabajo esencial, tenía que hacer mis horarios de trabajo y estaba prácticamente todo el día fuera, y el padre, que no está al cien por cien, porque hacía un tiempo que había salido de una enfermedad grave..., con el niño en casa desquiciado. Yo siempre he sabido distraerlo más que el padre, el objetivo era que estuviera tranquilo. Pero fue muy duro.

Vivimos en un piso, tenemos una terraza, pero claro, salir a la terraza tampoco es lo que te aligera, ¿no? Porque, no veías a nadie, no podías hablar con nadie... Hasta que salió aquella norma que las personas con discapacidad podían salir una hora al día. Aquí rompimos un poco la rutina y aquel rato que podía salir, era una descarga de adrenalina total, eran carreras arriba, carreras abajo, patinete, pelota... Ayudó a suavizar la situación, pero claro, la convivencia de los tres seguía en el mismo sitio, costó, porque era una batalla por la tele, una batalla por la tableta, una batalla por el móvil, la comida, era comer todo el día, aquella ansiedad... Costó, costó.

Yo y mi marido lo sufrimos, pero el niño hizo un cambio, llegó un momento que se nos escapó, fue muy duro también porque él decía que no lo soportaba, que no nos aguantaba más - *es que no os aguanto, es que ya no puedo vivir más con vosotros, es que estoy agobiado, es que me estáis haciendo la vida imposible*-. Claro, cuando escuché esto de la boca de mi hijo a mí me dio mucha pena porque no era una situación que yo hubiera buscado, que yo hubiera provocado... Él llegó a aquel estado de nervios, en el que ya no se lo puede controlar, llegó al límite y su salida fue irse de casa e ir a casa una amiga del pueblo... Aunque parezca extraño, necesitó salir de casa, romper con todo lo que pasaba y a partir de ese momento pudimos rehacer todas las rutinas, se marcaron de nuevo los horarios, nosotros teníamos que ir al ritmo del niño. Claro, supuso un cambio muy grande.

En todo este proceso, no obstante, no me sentí sola, la escuela en todo momento estuvo a mi lado, la tutora llamaba, la psicóloga estaba para lo que necesitaba, todo esto superbién, pero ellos no estaban dentro de mi casa.

Sí que es verdad que no todo es negativo, en casa puedes hacer más cosas de las que piensas, hemos conseguido poder mirar una película los tres sentados en el sofá comiendo palomitas, esto a mí, me emocionó mucho, porque con él no lo habíamos vivido nunca!!!

Pienso que a la gente con discapacidad les ha afectado mucho porque ellos no tienen las alas que tienen los otros. Por ejemplo, las actividades extraescolares son para nuestros hijos mucho más que pasárselo bien haciendo una cosa que les gusta, es el espacio donde pueden encontrar modelos, donde se normalizan muchas cosas, donde descubren sus límites y potencialidades..., para ellos es una necesidad.

Espero que no se vuelva a repetir... Nos va la salud

[Blai es un joven de diecisiete años con un grado de discapacidad intelectual del 45 %. En estos momentos estudia segundo de IFE

(Itinerario formativo específico). Está motivado por los estudios.

Tiene gran autonomía, se expresa con gran fluidez y tiene las habilidades cognitivas muy preservadas. Aun así, hay un razonamiento muy rígido y conductas agresivas ante la frustración y la no comprensión.

En estos momentos está estudiando para obtener el carné de conducir.]

Madre de Blai

Cuando todo esto empezó el equilibrio se rompió. Mi hijo tiene muchas rutinas y cuando le dices que “no puedes ir a la escuela” él no entiende lo que está pasando, no entiende la situación y esto hace que aumente la angustia y la agresividad. Las primeras tres semanas hubo días muy críticos con agresiones porque no entendía la situación y le implicaba cambiar la rutina. Aumentaron las estereotipias, hubo un aislamiento muy fuerte, y había muchas discusiones, costaba mucho sacarlo de la habitación para poder hacer las comidas, como yo salía a trabajar él pensaba que le podía pasar la COVID, por lo tanto, era una batalla sacarlo de la habitación, él se quería proteger...

Después, ha tenido mucho miedo, por si alguien de la familia lo cogía -*madre, que te morirás* -... Mucho miedo, él verbaliza -*para vivir así quiero morirme*- Lo hemos estado trabajando con la psicóloga y la psiquiatra más a menudo, él no quería vivir así, decía que tenía mucho miedo. Cuando el tema empezaba a estar más estabilizado, entonces yo cogí la COVID, yo me tenía que confinar en la habitación, él volvió a tener muchos pensamientos feos - *¿que te morirás? ¿Qué pasará? ¿Quién nos ha traído esto?...*-

En un momento dado le dimos la medicación de rescate, para que cuando estuviera muy nervioso se la pudiera tomar.

Las primeras dos semanas no se hizo nada desde la escuela y esto lo echó de menos, a la que desde la escuela se activaron él pudo tener unas rutinas y esto fue un punto de inflexión, le

ayudaba a regularse. No hemos estado preparados y los alumnos así lo necesitaban, fue un trastorno total. Me necesitaba mucho, no era nada autónomo. Aun así, que él pida ayuda es muy bueno, él quiere ser muy perfeccionista, y de alguna manera me ha servido para acercarme más y que me necesite. Esto ha sido muy positivo, ha tenido que relacionarse más positivamente conmigo, porque necesitaba ayuda para las cosas de la escuela.

Ahora, a pesar de haber pasado todo este tiempo, tiene la rutina, pero él es muy consciente, él nos recuerda a nosotros que nos tenemos que poner la mascarilla, es obsesivo, le preocupa que nos pongamos enfermos, si tienes un poco de tos se preocupa desproporcionadamente, las noticias no las ponemos porque lo vive fatal y miramos lo justo la televisión.

Ante esta situación, le hemos dado mucho afecto, pero cuando tiene episodios de agresividad es hacia mí siempre, porque es con quien tiene más confianza, sabe que soy la que puedo aguantar los insultos, las agresiones, los golpes, sabe que yo lo entiendo, que sé que está mal, a pesar de que a veces llegamos al límite y le tenemos que decir que ya no se pueden romper más cosas, que no dé más golpes contrala pared - *no te cargues la puerta, si quieres date contra la pared pero no a la puerta*- y por suerte he tenido la ayuda de la psicóloga y la psiquiatra.

Ha habido un antes y un después y hay cosas que aún no han vuelto a su sitio, han quedado secuelas, tiene más nerviosismo, ahora todavía tiene miedo, todos tenemos miedo, pero él encima se pone en el peor lugar, es mucho más negativo y le genera mucha más angustia.

El equilibrio todavía no lo tenemos, pero deseo volver a la normalidad para recuperarlo.

Para cerrar...

Estas tres mujeres son una pequeña muestra de muchas madres que además de las diferentes casuísticas que todas las otras familias han tenido, son madres con hijos con discapacidad.

Quizás no son los niños más complicados que hay y podríamos haber encontrado familias con hijos e hijas con situaciones mucho más complejas, pero son un ejemplo del coraje y de la resiliencia que tienen ante las dificultades. La pandemia tan solo ha hecho que poner más peso en las mochilas que llevan. La pandemia ha llevado al extremo lo que ya de por sí pasa día tras día, ellas tienen que afrontar las barreras que el entorno, el sistema y la sociedad les pone cada día. Esta pandemia ha vuelto a poner en evidencia la necesidad de plantear el orden de las prioridades.

Un padre con un hijo con parálisis cerebral y una discapacidad intelectual severa nos decía - *mi hijo es de riesgo, pero dejadme decidir a mí lo que es mejor para él, soy su padre, a nosotros no se nos pregunta, se nos dice lo que tiene que ser mejor para nosotros, pero nunca nadie tiene en cuenta que nosotros somos los últimos de los últimos*-. Ojalá todo esto nos hubiera servido para cambiar el orden de prioridades, desgraciadamente los padres y madres con hijos con discapacidad tendrán que seguir luchando y luchando sin que nadie les ponga las cosas fáciles.

Queremos agradecer a los testimonios su participación y transmitirles nuestra admiración. Sois personas luchadoras que, a pesar de las adversidades, seguís y seguís siendo los apoyos más importantes de vuestros hijos e hijas. A nosotros, tan solo nos queda deciros que estamos a vuestro lado y que no os dejaremos solas.

Gracias por vuestra colaboración.

Correspondencia con los autores: CEE Joan XXIII.
Integra Olot. E-mail: b7004441@xtec.cat

Confinamiento de una familia de tres

Agnès Canals Bassedas

Ya casi se cumple un año del inicio del confinamiento. Palabra nueva aprendida justo en aquel momento y que para mí (y supongo que para muchas personas) significa mucho más que su definición literal. Son multitud las cosas vividas durante los cuarenta y cuatro días en los que los niños estuvieron totalmente encerrados en sus casas. Y cada casa, un mundo. Intentaré describir cómo vivimos nosotros este pequeño mundo, a pesar de que la memoria es curiosa y más que recordar hechos, recuerdo sensaciones.

La más fuerte es la de "castigo". Castigo injusto impuesto a nuestros hijos. La primera (y en un primer momento, casi única) medida tomada para frenar una pandemia mundial fue cerrar las escuelas. Todavía hoy alucino con esta decisión. Al principio todo lo demás sigue igual pero las escuelas: cerradas, y los niños: en casa.

Parece que serán quince días. ¿Cómo nos organizamos? La logística es la primera preocupación. Por suerte mi «ex» es autónomo y puede adaptarse los horarios de trabajo. Enseguida vemos que el régimen de custodia que tenemos pactado (custodia compartida de 5 días y 5 días consecutivos) no nos sirve. De momento decidimos planificar las mañanas con su padre (como si fueran a la escuela) y tardes y noches conmigo. Así yo puedo ir al trabajo y ellos siguen con una rutina. Los primeros días va bastante bien. Los niños todavía tienen hábitos de escuela. Al mayor (8 años) le han dado algunos deberes para terminar y el pequeño (2 años) juega y se lo toma como unas vacaciones de la guardería. Aquellos días nos centramos en entender un poco de qué va la pandemia y qué es un virus. Intentamos informarnos juntos y calmar los miedos. ¡Gracias InfoK!

Pero la cosa empeora y ahora el confinamiento es para todos. Ya se intuye que la

cosa irá para largo... La logística se complica. Básicamente porque se desmonta toda la red de ayuda en la que fuertemente se sostienen las familias separadas o monoparentales: ya no hay escuela, ni extraescolares, canguros, vecinos, amigas, abuelo... Todo desaparece y por primera vez desde la separación estamos veinticuatro horas completamente solos con nuestros hijos. Y no es periodo de vacaciones. Con el padre de los niños decidimos que estarán dos días y dos noches en cada casa. Los niños van y vienen mucho pero así al menos podremos dedicarles tiempo sin abandonar totalmente el trabajo.

En mi caso la vida confinada significa compaginar el maldito teletrabajo, las jornadas presenciales y el cuidado de los niños y la casa. Los dos días con los niños (y el teletrabajo) son una locura y los días «de descanso» se convierten en una carrera contrarreloj para recuperar horas de trabajo presencial, ir al súper, poner lavadoras y abrir los mails de profesores para imprimir deberes y «preparar las clases» para cuando vuelvan los niños. En este momento no ayudan nada ni las redes sociales ni los grupos de Whatsapp. Todo el mundo va tope. Que si recetas, que si manualidades, que si yoga, que si ir virtualmente al teatro... Parece que todos lo llevan genial y hacen como si aquí no pasara nada y venga a seguir con el ritmo trepidante de «la vida de antes».

Pero en casa sí que pasa. ¡Todo es un caos y no tenemos tiempo para nada! Me invade una terrible sensación de ahogo y a la vez de culpabilidad por tenerla. La relación con la escuela tampoco ayuda. Básicamente se traduce en recibir los mails y listados de trabajos (algunos estimulantes, la mayoría no demasiado) que al principio intentamos llevar al día y entregar puntualmente pero enseguida se convierte en una tarea muy angustiosa tanto para mi hijo mayor como para nosotros. Decimos basta. Nos plantamos y así se lo decimos al maestro. Priorizaremos estar bien y vivir estos días (que no sabemos cuántos serán) con calma y armonía. Los aspectos académicos quedan relegados al último escalón de prioridades. Pero nos extraña ver que la escuela no lo percibe así.

De repente se vuelven exigentes con la entrega de los trabajos y eso no ayuda en absoluto. Al contrario, me deprime, me hace sentir sola y culpable por ser madre-trabajadora-separada en un momento así. Incluso nos llegan noticias (confusas) de que los cambios de custodia no están permitidos. Nos estremece tanto la idea, que hacemos ver que no lo oímos. Pero todo ello me lleva a preguntarme: ¿habré puesto en desventaja a mis hijos ante una crisis por el hecho de estar separada?

Mi hijo mayor tampoco lo lleva bien. Cada día echa más en falta la vida social y se vuelve apático con todo. Por suerte tenemos una casa grande, con mucha luz y una terraza que da a un campo de cultivo abandonado que se convierte en nuestro paraíso. Hacemos excursiones, cabañas e incluso picnics. Pero hasta todo esto acaba siendo poco estimulante. Los últimos días de confinamiento son muy difíciles con él; está de muy mal humor, tiene algunas crisis de ansiedad, le sale un herpes en toda la espalda y llega al punto de verbalizar «¡Esto es una mierda! ¡Quiero morirme! Me suicidaré!» En este momento hago una llamada de S.O.S. a su tutor y lo cierto es que responde muy bien. Habla con él por teléfono y enseguida nos dirige a la orientadora. Esta nos da algunas pautas y nos pone en contacto con una asociación de psicólogos con los que hacemos un par de sesiones cuando termina el confinamiento. De todos modos, hasta mi llamada de socorro la escuela no se preocupó ni una sola vez por nuestra salud emocional. La pediatra, un poco cuando le diagnosticó el herpes.

La diferencia con el acompañamiento que nos hizo la guardería (o la “escoleta”, como la llamamos aquí en Menorca) fue abismal. Las maestras también nos enviaban propuestas de manualidades y canciones, pero las videollamadas individuales y los mensajes de apoyo (preguntando si teníamos necesidades materiales o emocionales) fueron constantes.

En unos momentos tan complicados y con el curso escolar «en marcha» las familias tuvimos que buscar el acompañamiento en otros lugares y de manera virtual, claro. Yo lo

encontré, en parte, en a los grupos de Whatsapp de padres de la escuela y los zooms con los amigos y la familia... Por suerte también pudimos descargar nervios y cargar energía gracias a un vecino que nos hacía bailar un par de canciones en la azotea cada día después de los aplausos. Fue un ritual realmente terapéutico para mí y para los niños.

Una de las cosas buenas que me llevo del confinamiento es justamente esta: la de saber pedir ayuda, hacer comunidad y la de ser más familia. Después de la separación me costaba hacerme a la idea de que los niños y yo también éramos una familia. Yo estaba de luto. Mi proyecto de familia se había roto y sentía que los niños y yo éramos sólo un trozo de familia (una familia desgarrada). Pero después de pasar juntos un confinamiento y un post-confinamiento con la vida social muy limitada, mi percepción ha cambiado totalmente. Ahora somos una súper burbujita y una familia de tres totalmente entera.

En casa somos cinco

Laura Monfort

Hoy hace un año que nuestra cotidianidad, rutina, prioridades, preocupaciones, ilusiones, etc, en resumen, nuestra vida, dio un giro copernicano. Hoy hace un año de un jueves de marzo en que los niños salían de la escuela sonrientes y juguetones, como habitualmente, sin saber que ya no volverían hasta el curso siguiente. En casa somos cinco, y ese jueves Marçal, Ariadna y Julia terminaron respectivamente el segundo curso de la guardería, de P5 y de 2º curso de primaria. Como familia empezábamos las cinco semanas de confinamiento domiciliario y estado de alarma con muchos interrogantes. Nosotros, los padres,

somos personal esencial, bombero y médico, por lo que el teletrabajo no fue una opción, más bien al contrario, se nos giró trabajo. Para una familia numerosa como la nuestra, la organización y la logística son aspectos claves y de repente estábamos solos. Lógicamente no podíamos contar con nuestra querida canguro ni tampoco con los abuelos. ¿Con quién se tenían que quedar nuestros hijos mientras nosotros atendíamos pacientes o desinfectábamos residencias geriátricas? Esto el estado de alarma no lo contemplaba... Recuerdo la angustia que vivimos aquellas semanas; recuerdo los sentimientos contrapuestos cuando sentía los aplausos a las 8h. de la noche...; para mí era un reconocimiento anónimo, y daba calor, y tanto que sí!, pero a la vez acentuaba la soledad institucional que para mí la acompañaba. ¿La escuela no era un servicio esencial en 2020?

Por suerte a nuestros hijos no les transmitimos nuestras preocupaciones y ellos vivieron gran parte de las semanas de confinamiento con alegría, conformados, disfrutando del tiempo que compartíamos en familia. Hicimos multitud de recetas, dibujos, manualidades, ejercicio físico en el comedor de casa, yoga y un largo etcétera. Aprendimos a disfrutar de las pequeñas cosas, a celebrar los cumpleaños de una manera diferente desde la intimidad y al mismo tiempo a través de las pantallas.

Hacia la tercera semana de confinamiento la escuela nos empezó a enviar tareas con una periodicidad semanal, vía correo electrónico. Las propuestas eran atractivas y variadas. Incluso nos llegaban propuestas de educación física, de música, etc. Julia se ilusionó con el reto de hacer las tareas en el ordenador, pero necesitaba aprender, lógicamente no era autónoma. También necesitaba que estuviéramos con ella, que le hiciéramos compañía, que le contáramos los nuevos conceptos que se trabajaban tanto de gramática, como de naturales..., o bien las operaciones matemáticas que apenas empezaban a olvidar, como la resta, o bien a iniciar, como las tablas de multiplicar. A priori esto no debía ser muy difícil para nosotros, no se trataba de

hacer derivadas ni integrales, ni grandes disquisiciones filosóficas, pero pronto surgieron dificultades de otro tipo. Para hacer todo este acompañamiento era necesario tiempo y paciencia y, en nuestro caso, ¡todo multiplicado por tres! Muy pronto los deberes fácilmente se convertían en fuente de conflicto. La motivación inicial para hacer trabajitos iba disminuyendo al mismo tiempo que todos, y especialmente nosotros, estábamos cada vez más agotados por el estrés en el trabajo y la situación de confinamiento. ¿Como lo hacían las otras familias?, ¿se generaban muchas diferencias entre alumnos? Pues evidentemente que sí, ya que cada familia tiene su realidad, sus posibilidades, sus dificultades. Finalmente nosotros decidimos que haríamos lo que pudiéramos. Aflojamos la exigencia. Una exigencia que la escuela no nos ponía, sino que seguramente surgía de nuestra preocupación. Quizás echamos de menos más presencia de las maestras, más contacto con los alumnos, que los ayudaran a organizarse, que les explicaran conceptos, por ejemplo, a través de alguna videollamada. A Ariadna que hacía P5 el paro del curso escolar la pilló cuando empezaba a interesarse en la lecto-escritura y, a pesar de que en casa leemos cuentos cada día, notamos que se frenaba su interés. En cuanto al más pequeño, Marçal, vivió el confinamiento por un lado con la ilusión de compartir los juegos con sus hermanas noche y día, y por otro lado con resignación, ya que a partir de la tercera semana dejó de pedir ponerse los zapatos para salir a la calle y decía "*los zapatos hoy no, ¿verdad mamá?*". Soy pediatra y conozco la gran capacidad de adaptación que tienen los niños, pero reconozco que no me dejan de sorprender.

Otro aspecto que nos fue preocupando a medida que se alargaba el confinamiento fue la socialización. Las primeras semanas las niñas tenían ganas de hablar por teléfono o hacer alguna videollamada con amigas y amigos, pero a medida que avanzaba el confinamiento su interés por saber de sus amigos o hablar con ellos iba disminuyendo. En este sentido las videollamadas que hicieron desde la escuela y la

guardería con la intención de acompañar, de generar conversaciones entre los compañeros de clase y maestras, eran una buena propuesta, pero con el tiempo fueron perdiendo el interés en participar.

Hoy, que hace un año que cerraban las escuelas, me paro y miro con perspectiva el último año. Veo unos niños y adolescentes en medio de una pandemia gestionada desde la perspectiva del adulto.

Por todo ello, el inicio del curso escolar en septiembre: ¡fue la mejor noticia! El hecho de que los niños hayan vuelto a las aulas, se hayan reencontrado, y hayan recuperado algo de "normalidad" en su vida es una gran victoria.

Correspondencia con la autora: *Laura Monfort*. E-mail: arualmc@gmail.com

Leves consecuencias de la pandemia para nuestro hijo

Maria Martina Fiol Galmés

Es una obviedad que nunca nos hubiéramos imaginado vivir una pandemia y menos aún que se alargara tanto en el tiempo. De un día para otro nos encontramos inmersos en una inquietud que, como no podía ser de otra manera, lo trastocó todo.

Somos una familia de cuatro miembros. Mi marido y yo nos dedicamos a la banca y tenemos un hijo y una hija. Cuando se declaró el estado de alarma, nuestro hijo cursaba segundo de ESO y nuestra hija, quinto de primaria.

Nuestros hijos siempre han sido niños muy autónomos, responsables y sin dificultades de aprendizaje. A pesar de las restricciones, la novedad para ellos siempre es un aliciente; por eso, el hecho de empezar a trabajar de manera no presencial, no supuso demasiado inconveniente. Los inicios fueron complicados para los centros educativos ya que tuvieron que aprender a gestionar una nueva dinámica de enseñanza que no habían hecho nunca. Por nuestra parte, el hecho de combinar el teletrabajo, la escuela y el día a día de todos en casa no fue tarea fácil.

El hecho de ser niños digitales favoreció la resiliencia. Estaban más acostumbrados que nosotros a relacionarse con sus amigos mediante la tecnología, a través de las redes sociales, los juegos virtuales y las videollamadas. Vivir en una casa espaciosa con terraza les permitió tener más libertad de movimiento y el hecho de no poder salir no se les hizo tan pesado. Aunque les preocupaba la situación, sobre todo por la salud de los abuelos y otros familiares, el hecho de no tener ninguna persona contagiada en nuestro entorno les permitió vivir la pandemia sin angustia.

Lo que no tuvimos en cuenta al inicio, fue la cantidad de horas al día que estaban conectados a dispositivos. Al cabo de unas semanas nos dimos cuenta de su importancia. Deberes, ocio y relaciones sociales, todo era a través de las pantallas. Este exceso de consumo de tecnología, sumado a la falta de rutina por no tener un horario estipulado, a no poder salir de casa, y la falta de deporte se tradujo en insomnio. El insomnio fue lo primero de que se quejó nuestro hijo. Estaba más nervioso, le costaba dormir por las noches, por las mañanas cada día se levantaba más tarde y los horarios de las comidas también se vieron afectados.

Él siempre ha sido un niño muy eficiente, normalmente acababa los deberes en el instituto y las tardes las podía dedicara hacer deporte y estudiar. Durante el confinamiento los trabajos que le enviaban desde el instituto las terminaba rápidamente y cada vez dedicaba más tiempo al ocio jugando online con sus amigos. El hecho de no tener clases online con un horario, y sólo

tener que hacer las tareas que le enviaban, provocó que su dedicación fuera mínima y cada vez fuera disminuyendo.

El punto de inflexión fue cuando se anunció que las notas del tercer trimestre serían la media de las notas que habían tenido hasta antes del confinamiento y que no volverían a la presencialidad hasta el próximo curso. A partir de ahí, para él empezaron las vacaciones de verano. No tenía motivación, no había un objetivo, no volverían al instituto en ese curso y tenía buenas notas hasta que se declaró el estado de alarma.

Somos conscientes de la dificultad que fue y sigue siendo la gestión de la pandemia, pero consideramos que hubiera sido más oportuno saber cómo se resolvería la evaluación del curso, por parte del propio centro educativo en lugar de saberlo por las noticias. El hecho de que fuera todo tan precipitado y con realidades sociales, económicas y culturales tan diversas entre las familias, no favoreció que se pudiera facilitar de manera ágil la continuidad del curso académico de manera virtual. Para los niños como nuestro hijo, aunque hiciera a diario el trabajo encomendado, el tiempo de dedicación era muy inferior al que habría tenido si hubiera continuado yendo al instituto o hubiera tenido su horario lectivo de manera online. Este hecho no repercutió en sus notas, pero sí en conocimientos y en pérdida de hábitos diarios de trabajo que ya tenía consolidados.

Tal vez si los docentes hubieran tenido una comunicación con cada uno de sus alumnos de manera regular, habrían conocido mejor las necesidades de cada alumno y habrían podido individualizar más los trabajos que les pedían tanto a nivel de contenido como de volumen de trabajo.

A día de hoy, la nueva normalidad no deja de ser una extensión del confinamiento. El hecho de tener dos o tres días de clases presenciales en función de la semana, y no tener clases online los días que se queda en casa, hace que por una parte no haya vuelto a la dinámica que requiere el curso lectivo y por otro, provoca la pérdida de conocimientos y de tiempo de dedicación. El hecho de no tener todas las clases presenciales u online hace que se pierda las explicaciones por parte de los profesores, básicas en asignaturas troncales como matemáticas, física y química. Por otra parte, los días en los que asiste de manera presencial a la escuela no son suficientes para dar las explicaciones del temario y para poder responder a las dudas de todos los alumnos.

Los niños de catorce años como nuestro hijo, no tienen la capacidad para organizar su tiempo de manera eficiente ni para aprender sin el hilo conductor del docente. Aunque tienen la oportunidad de pedir dudas mediante tutorías virtuales o correos electrónicos, las peticiones por parte de nuestro hijo son mínimas, y acabamos resolviendo nosotros las dudas que le van surgiendo.

De todo se saca un aprendizaje: la pandemia nos ha permitido avanzar tecnológicamente, nos ha puesto de manifiesto que la presencialidad en muchos ámbitos laborales no es necesaria, que la tecnología nos permite tener muchas más cosas al alcance, pero también, que a nivel educativo los niños precisan las explicaciones de los profesores, la asistencia regular a las clases, el contacto con los compañeros y amigos, y el hecho de sentirse parte de una comunidad.